

EL ASESINO

Por: Antonio Diego Duarte Sánchez

Puede que ustedes piensen que ser la amante de un asesino profesional me cataloga automáticamente dentro del grupo humano de los degenerados. Les aseguro, sin embargo, que esa opinión generalizada responde al hecho de que la historia la cuentan los buenos y a los supuestos malos sólo nos dejan el papel de objetos moralizantes.

Forzosamente, aunque sólo cara al exterior, nuestra vida transcurría del modo más natural posible. Ya que mi cometido consistía en preparar los pequeños detalles previos y posteriores, el resto del tiempo lo pasaba fingiendo llevar la vida de una joven profesional demasiado atareada con su trabajo para que sus vecinos consiguieran algo más que el educado y serio saludo que nunca omitía.

Tampoco deben pensar que nos revolcábamos entre una masa de miembros descuartizados, no; habitualmente efectuábamos dos o tres asesinatos al año, considerablemente bien pagados y que ya nos iban permitiendo, debidamente invertidos los ingresos, obtener rentas que se incrementaban adecuadamente.

Toda persona tiene su punto débil y el de Ricardo consistía en que una vez terminado algún trabajo sufría una tremenda erección que ya había dado lugar a situaciones ora cómicas ora comprometedoras pero que, en cualquier caso, siempre necesitaba mis cuidados solícitos.

Las mujeres que me lean, y que hayan tenido alguna variedad a lo largo de su vida sexual, me comprenderán si les digo que aquello era para asustar a cualquiera. Por algún extraño fenómeno, Ricardo, que presentaba una arboladura de diecisiete centímetros en condiciones amoratorias normales, veía cómo se transformaban en una especie de monstruosidad de veinticinco.

Afortunadamente para mí, siempre he tenido tiempo de prepararme para recibir aquella bomba sexual, excepto la última vez en que una serie de circunstancias desafortunadas nos llevó a estar cerca de cinco horas separados hasta que nos pudimos reunir en las afueras. El llegó antes que yo al pequeño hotel de carretera en el que habíamos decidido establecernos unos días mientras pasaban los nervios iniciales.

Nada más franquear la puerta se abalanzó sobre mí y pude comprobar que el tiempo transcurrido no había hecho sino acrecentar su impetuosidad. Su piel quemaba, los ojos le brillaban como si dentro se le hubieran desatado todos los fuegos del infierno y sus manos recorrían convulsivamente mi cuerpo, despojándome de la ropa y acariciándome con fuerza. Oponerse a un vendaval como aquel era inútil, bien lo sabía, por lo que sólo me quedaba tratar de canalizarlo para obtener yo misma algo de él.

Ricardo me había girado y apretaba mis pechos, levantándolos y agarrando mis pezones con sus dedos. Notaba cómo frotaba su pene contra mis glúteos, empujando como si quisiera atravesar la tela. Me di la vuelta, liberé aquel juguetito que saltó como si de repente cobrase vida propia y me golpeó el vientre, quemándome con el contacto.

Pensé que si dejaba que aquello penetrase en mí por las buenas podía irme despidiendo. Sin

perder tiempo me arrodillé para ayudarlo a quitarse los pantalones y dejé que mi lengua empezase a recorrérsela, humedeciéndola y succionándola como si en ello me fuera la vida. No deben, sin embargo, llamarse a engaño y pensar que me sentía atemorizada en lo más mínimo; aquella situación, correctamente manejada (y nunca mejor dicho), era de las que dejan a una mujer totalmente satisfecha y exhausta.

Ricardo empujaba su verga dentro de mi boca y mis labios sentían la palpitación de sus venas al deslizarse entre ellos y recubrirlas completamente de saliva. Mi vagina también pensaba por su cuenta y tuve que quitarme las bragas completamente empapadas. Moje mis dedos en la vagina y lubriqué mi ano, único lugar con la profundidad necesaria para contener el miembro de Ricardo, al tiempo que me introducía primero uno y luego dos dedos para ir adaptando mis músculos.

A Ricardo no le gustaba demasiado el sexo anal, pero sabía que aquel era el único sistema mediante el que yo podía complacerle sin hacerme daño y él siempre se había mostrado complaciente para conmigo. Esa complacencia, de todas formas, no alcanzaba su entendimiento después de un trabajo. Y yo tuve buen cuidado, cuando me puse a gatas, de relajar mi culo y abrir bien mis piernas. Ricardo se agarró a mis tetas y empujó sin andarse por las ramas. Empujó y empujó mientras yo frotaba histéricamente mi clítoris y pensaba que me iba a partir allí mismo de placer.

Un ronquido salvaje y grave escapó de mi garganta cuando Ricardo se corrió. Su semen golpeó el interior de mi culo, caliente y viscoso, haciéndome sentir un latigazo que recorrió todo mi interior en una convulsión que apretó la polla de Ricardo, la exprimió y la mantuvo allí hasta que empezó a relajarse por sí misma.

Me volví hacia él, sonriente aunque ya con una expresión de tristeza en los ojos. Sería necesaria una nueva víctima para que Ricardo volviera a ofrecerme aquel tesoro escondido que, como los dones de los dioses, sólo podía obtenerse tras el sacrificio adecuado Y se hacían ya tan pocos sacrificios

FIN